

SEÑOR, ¿QUÉ MANDAIS HACER DE MÍ?

Día del Seminario

Muy queridos amigos y hermanos:

La celebración del Día del Seminario despierta siempre en nosotros sentimientos de gratitud, de cariño y de confianza en Dios. El Seminario nos afecta a todos y en él ponemos la esperanza de la diócesis. Continuamente hemos de pedir al Señor que mande obreros a su mies y que estos obreros, que Él nos envía, encuentren en nuestro Seminario el ambiente apropiado para crecer en santidad y llegar a ser un día esos pastores que, llenos del amor misericordioso que brota del Corazón del Buen Pastor, cuiden al Pueblo de Dios y lo guíen, en el seno de la Iglesia, por los caminos de la verdad y de la vida verdadera. Quiero dirigirme de manera especial a las familias y a los sacerdotes.

En primer lugar pongo la mirada en las familias. No se puede entender ninguna vocación fuera de la familia. Es en la familia donde se aprende a vivir en la fe, en la esperanza y en el amor. Y esto, a pesar de todas las limitaciones, los errores, las lagunas y hasta las heridas que podamos encontrar en ella. La familia nos da todo lo que después va a ser decisivo en nuestras vidas. En la familia, el niño se inicia en la vida cristiana y en el amor a Dios. En la familia, se aprende a vivir con otros, se aprende a comprender, a amar, a tener paciencia, a pedir perdón. En la familia, se descubre, en vivo, que la vida no es para mí, sino que es para otros, para ser compartida con otros. Y es ahí, en esa experiencia de salir del propio egoísmo, donde se vive la donación y la entrega, donde surgen las primeras semillas de una vocación a la vida sacerdotal y donde puede llegar a plantearse la pregunta que se hacía Santa Teresa de Jesús: *Vuestra soy, para vos nací, ¿qué mandáis hacer de mí?*

Los valores humanos, espirituales y cristianos que se viven en una familia son el inicio de toda vocación sacerdotal. Y también, aunque a primera vista no lo parezca, las situaciones difíciles, que desde un punto de vista humano podrían llamarse traumáticas, cuando se viven desde la fe, pueden convertirse en los signos de los que Dios se sirve para ayudar a un joven a plantearse la llamada al sacerdocio.

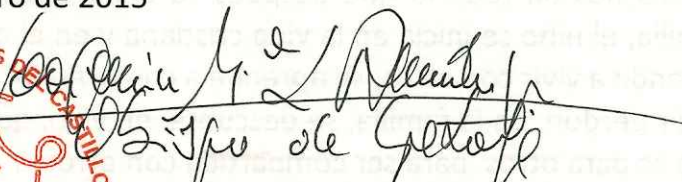
Las familias juegan un papel indispensable en la pastoral vocacional y a ellas quiero expresarles mi gran afecto y mi gran preocupación. Nuestra Iglesia diocesana quiere estar muy cerca de las familias y quiere acompañarlas con las múltiples iniciativas de pastoral familiar y pastoral educativa que, gracias a Dios, van surgiendo. Ellas saben la importancia que tiene el sacerdote en este acompañamiento. Por eso me atrevo a pedirles, en este Día del Seminario, que si Dios llama a alguno de sus hijos, sepan acoger con alegría esta llamada del Señor y sepan también fomentarla y cuidarla. Si esa vocación sigue adelante, comprenderán enseguida que un sacerdote en la familia es uno de los mayores regalos que puede hacerles Dios.

También quiero dirigirme a los sacerdotes. En el origen de la mayor parte de las vocaciones está el buen ejemplo de una vida sacerdotal entregada con gozo a los demás. El testimonio de un sacerdote santo, que vive su vocación con alegría y abnegación, es el instrumento del que Dios se sirve, en la mayoría de los casos, para tocar el corazón generoso de los jóvenes que aspiran a hacer de su vida algo grande. La Iglesia quiere y necesita sacerdotes santos, enamorados de su ministerio que irradian esperanza y confianza en Dios. No podemos defraudarles.

Pido a todos que recéis por el Seminario, que ayudéis a su sostenimiento, en la medida de vuestras posibilidades, y que lo sintáis como algo muy vuestro y muy querido.

Con mi bendición y afecto.

Getafe, 18 de Febrero de 2015



+ Joaquín María López de Andujar y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe